

LA VENTANA INDISCRETA. De vez en cuando, dentro de la oleada de cine comercial insulso, nos llega una buena película. En esta cinta, Hitchcock, el "mago del suspenso", vuelve por sus fueros después de una larga época de infecundidad. Sin que ésta sea su obra maestra ni mucho menos, tiene originalidad y una técnica de edición que la colocan entre las obras de mejor categoría enviadas por la industria de Hollywood. Es un verdadero alarde técnico cinematográfico.

Recluido en un cuarto hay un fotógrafo de prensa —James Stewart— quien se fracturó una pierna ejerciendo su profesión. Sin nada que hacer durante largas semanas, observa a través de la ventana a sus vecinos. Todos los departamentos del edificio en cuestión dan hacia un patio interior, y así, a fuerza de observar a todas horas, se entera de la vida íntima de los que puede ver. La cámara no sale del reducido espacio de su cuarto, sino para mirar por la ventana. El diálogo está suprimido hasta hacerlo sintético, funcional y verdaderamente cinematográfico. Y la producción tiene un movimiento notable, hecho a base de cortes y montaje, y movimientos de cámara. Prácticamente la cámara y los gemelos que usa el periodista son sus ojos.

Desfilan ante esa indiscreta ventana, una solitaria histérica y otoñal —solterona involuntaria que sueña con el príncipe azul— que da la historia melodramática del film. Una bailarina con una silueta standard estupenda a quien llaman con esa obvia originalidad americana para los apodos: "Miss Torso". Un compositor abandonado y triste, que triunfa con una canción al fin de la película. Pero todos los personajes son incidentales y el verdaderamente importante, causa y razón de las inquietudes del periodista, es un vendedor de quien por muchos detalles se sospecha haya matado a su mujer.

Están bien dibujados los personajes que se ven a través de la ventana, y sobre todo el periodista, con una gran actuación. La novia, chica de sociedad, de columna de Walter Winchell y *Harper's Bazaar*; la enfermera, sobria y típica. La escuálida y simpática Grace Kelly encarna a la novia y sobre todo imprime una profunda verosimilitud a sus escenas de amor.

La película no pasará a la historia y tiene muchos lugares comunes y convencionales,

EL CINE

Por Manuel MICHEL

pero se salva por un amplio margen de caer en la vulgaridad tipo coca-cola, gracias a ese alarde técnico de su montaje.

LA PECADORA DE LA ISLA. Es una película que no tiene por donde cogerse. Lenta, anticuada, pobre de recursos. No tienen los italianos derecho a hacer cosas así, o por lo menos, a enviarlas fuera. La publicidad se hizo en torno de Silvana Pampanini y su paradisíaca indumentaria usada en algunos trozos de la película. Acerca de su pasión y otras cosas que alientan la morbosidad de cierto público. Eso da la pauta para imaginar qué clase de churro-ravioli resulta. En fin una tomadura de pelo de mal gusto.

SANGRE Y LUCES. El cine francés tiene fama de ser el más inteligente del mundo. Y con esta película sobre el mánido tema de los toros y tragedias taurinas se tiene la oportunidad de comprobar que es cierto. Es la pasión y el color

de la "fiesta brava", como dice la publicidad. Pero es algo más. Es un descubrimiento de la podredumbre que hay alrededor del torero: apoderado, amante y periodismo especializado. Y de la verdadera fiera asesina que invade la plaza y que impulsa al hombre a la muerte. Pero también habla de fidelidad en algunos cuantos. Del miedo espantoso que el torero —interpretado por Daniel Gelin— siente unas horas antes de ir a la plaza y a la muerte.

El ambiente —exteriores filmados en España—, está logrado con acierto impecable. No se ven españoles (majas, andaluces), al estilo Hollywood y aun mexicano, comunes en este tipo de películas. No se insiste demasiado en la superficial brillantez de la fiesta taurina, sino que se cala hondo en las emociones humanas. Está bien logrado todo: ritmo cinematográfico, diálogos, color, la intriga amorosa, y la baja intriga de un periodista-publicista-vendedor, etc., con el apoderado del torero,

vil, abyecto, voraz y sin escrúpulos, y la intriga de la amante del torero confabulada con el apoderado para lograr un Cadillac —raro ¿no?— y un pisito sencillo y mono para cobijo de sus amores. La actriz está en tipo, pero es mediocre.

Y una especie de disección del público, influido por el periodista a través de sus artículos, que nos da por resultado una bestialidad increíble. Cariñosos padres de familia, nobles esposos, honorables banqueros, todos gritan y se enfurecen hasta que muere el torero. Unamuno dice que el aficionado a los toros, el verdadero aficionado "connoisseur, es el colmo y copete de la estupidez". Y por lo menos durante la corrida, lo es.

Disuena la belleza vulgar y la mediocre actuación de la húngara-americana Zsa Zsa Gabor, que si en otro tipo de actividades puede ser una maravilla, en el cine parece que nada tiene que hacer. Daniel Gelin es un actor maduro, sobrio, profundo, que está siempre en tipo. La muchacha morena enamorada del torero —Pili— es maravillosamente ingenua y apasionada. Perfecto su carácter y su actuación.

Una magnífica dirección de Georges Rouquier, adaptación casi perfecta y realización limpia y bien lograda.

LETRA Y ESPIRITU

LA ATENCION DE PIOVENE

Por Tomás SEGOVIA

EN TRE los novelistas italianos de la nueva generación, Guido Piovene es seguramente uno de los más conscientes, de los que han puesto una más lúcida atención en el significado de su obra; y también, tal vez por eso mismo, uno de los que tienen más detractores. En un reciente artículo de *Insula*, su compatriota Carlo Bo lo trata bastante duramente, acusándole de intelectualismo e insinceridad artística. Claro que este artículo expresa puntos de vista extremadamente personales, como se echa de ver enseguida, aunque no sea más que porque el nombre de Pavese, por ejemplo, apenas es mencionado sin más comentario. Puede ser que Pavese no sea a los ojos de todo el mundo el más grande de los novelistas de esta generación; pero evidentemente es injusto no de-

dicarle ni una sola línea en un artículo donde un extenso párrafo se ocupa de un buen escritor como Moravia, pero que, aparte de sus deliciosas narraciones cortas, no tiene en la verdadera novela un aliento siquiera comparable al de Pavese.

Pero en el caso de Piovene hay evidente incompreensión. El calificativo de intelectualista es demasiado fácil, y además califica sólo la manera de un artista, pero nunca decide nada sobre su calidad. Precisamente Italia ofrece un excelente punto de comparación en Luigi Pirandello, al que suelen llamar intelectualista, y que sin duda lo es, pero está sin embargo lleno de vida, de vida directa y fresca, y, además, de sinceridad, precisamente. Es que en arte no es pecado enfocar el mundo con el intelecto; lo que es pecado es en-

focar el intelecto. En cuanto a la sinceridad, habrá que hablar con cautela tratándose de un escritor que ha hecho de ella uno de los temas principales de su obra, y ha dicho sobre este tema tal vez las cosas más profundas que hemos visto desde Proust.

Hay que decir en seguida que Piovene no es un escritor de brillante apariencia. Hay en sus novelas como una monotonía, y también como una monomanía, como una atención sostenida y exclusiva, que sin duda ahuyenta a quienes buscan en la lectura únicamente el espectáculo de un fascinante despliegue de facultades. Sin embargo, estos escritores, cuando se penetra en su órbita, suelen tener una fascinación más profunda y duradera. Por otra parte, Piovene es muy consciente de la fisonomía y de los límites de su inspiración, y aunque esta lucidez no siempre va acompañada de su feliz realización, por lo menos debe darnos a entender que quien la posee no es víctima de ignoradas taras, sino que se enfrenta con sus posibilidades e intenta sacar de ellas el mejor partido posible. Difícilmente puede concebirse mejor